

La revolución en permanencia
Franz Mehring
1 de noviembre de 1905

(Versión al castellano desde “La révolution en permanence”, en *Les Cahiers du CERMTRI*,
número 115, diciembre de 2004-enero de 2005, páginas 33-35)

Berlín, 1 de noviembre de 1905

Feliz quien ha podido vivir este glorioso año, el año de la revolución rusa, año que no marcará menos hito en los libros de historia de lo que anteriormente haya marcado la Revolución Francesa de 1789. Todas las revoluciones del siglo XIX han sido vástagos de esta revolución, retoños auténticos, aunque más débiles (lo que también se aplica al movimiento europeo de 1848). Por más poderoso que haya sido y por más alcance que los efectos indirectos de este movimiento haya tenido, únicamente extrajo las consecuencias del año 1789 para el continente europeo, y sus oleadas retrocedieron ante la muralla de la frontera rusa.

La gran revolución rusa se distingue de la gran revolución francesa porque la ha dirigido el proletariado siendo consciente de ser una clase. También los obreros del suburbio de Saint Antoine tomaron la Bastilla, y también en la victoria de las barricadas del 18 de marzo de 1848 fueron los obreros berlineses quienes triunfaron frente a los guardias prusianos. Pero los héroes de esas revoluciones fueron a la vez sus víctimas; la burguesía les arrebató la recompensa de la victoria. Y a causa de ello murieron, finalmente, las revoluciones que seguían el modelo de 1789; la contrarrevolución tuvo tanto éxito en 1848 y 1849 porque los obreros estaban fatigados de sacar las castañas del fuego y de que quienes se las comían los engañasen, porque su conciencia de clase no estaba suficientemente desarrollada para reconocerse a sí misma entre el poder feudal y la traición de la burguesía.

Lo que fue la debilidad de la revolución europea de 1848 es ahora la fuerza de la revolución rusa de 1905. Su protagonista es un proletariado que ha comprendido qué es esa “revolución en permanencia” que la *Nueva gaceta renana* predicó a los oídos todavía sordos. Los obreros rusos han mantenido, con una obstinada fuerza, firmemente sus objetivos a pesar de que su sangre corría a mares bajo los disparos y sablazos de los verdugos del zar, y la potente arma de la huelga política de masas les ha permitido hacer que se tambalease hasta en sus cimientos el poder zarista. En el último manifiesto del zar el despotismo asiático abdica para siempre; prometiendo una constitución franquea el Rubicón, más allá del cual no es posible retornar ya. Este es el primer éxito del proletariado ruso, y el mayor que haya alcanza jamás el proletariado de cualquier otro país en un movimiento revolucionario. Quienes tomaron la Bastilla, como también los combatientes de las barricadas de Berlín, fueron capaces de un heroico impulso, pero no de esa infatigable y obstinada lucha que han llevado adelante los obreros rusos, sin dejarse desviar por sus fracasos momentáneos. Sin embargo, su primer éxito los coloca ahora ante un nuevo deber, incomparablemente más grande, ante el deber de perseverar, incluso tras la victoria, en su anterior combatividad.

Hay una experiencia que no deja de repetirse en la historia de las guerras: tras una brillante victoria es difícil llevar de nuevo al combate incluso a las tropas más valerosas para que, persiguiendo al enemigo, hagan verdaderamente fecunda la victoria, y cuanto más brillante es la victoria, más difícil es hacerlo. En la naturaleza humana está

profundamente enraizada la necesidad de un reposo liberador cuando queda sujeta a una fuerte tensión, y la burguesía siempre se ha aprovechado de esto con éxito cuando el proletariado le ha sacudido el árbol de la revolución para hacer caer sus frutos.

A propósito del manifiesto del zar un diario burgués recuerda con justeza las promesas hechas por Federico Guillermo IV cuando la revolución destruyó sus bravuconadas de autócrata.

De hecho, se trata de las mismas promesas: inviolabilidad de las personas, libertad de conciencia, libertad de palabra, representación popular basada en un amplio derecho de voto y con una participación decisiva en la legislación. Tanto en aquella época como ahora, la oposición burguesa sabía, y sabe, muy bien que cuando un autócrata se ve obligado a hacer semejantes concesiones, esas bellas cosas no flotan simplemente como los picatostes sobre la sopa de la revolución, sino que le ofrecen garantías reales de que una autocracia obligada a humillarse hasta ese punto bajo la presión de la fuerza, jamás podrá volver a levantar soberanamente la cabeza. Pero, la burguesía está interesada en rebajar incluso las conquistas de la revolución para, así, desarmar al proletariado, pintárselas como si fueran un espejismo que solo gracias a la más extrema ponderación podría devenir realidad, poner en guardia contra los cuervos de mal augurio que harían correr el riesgo de hacer huir a los fantasmas nocturnos. Así es como tras toda victoria revolucionaria resuenan los llamamientos de la burguesía a la “calma a cualquier precio”; supuestamente en beneficio de la clase obrera, de hecho, por frío y astuto cálculo de la burguesía.

Ese es el momento más peligroso de toda revolución; pero si hasta el presente ese momento ha sido a menudo fatal para el proletariado, esta vez la clase obrera rusa ha pasado brillantemente la prueba respondiendo resueltamente al manifiesto del zar: la revolución en permanencia. Los telegramas llegados hoy desde Petrogrado a la prensa burguesa rinden un honorable testimonio de nuestros hermanos rusos: “Bajo la influencia de los socialistas, la opinión ha devenido significativamente más desfavorable de lo que podría esperarse esta mañana. La excelente organización de los socialistas gana en la hora actual a la burguesía”.

Los obreros rusos no piensan en desarmarse; los vencedores de hoy no quieren convertirse en los decepcionados de mañana, y en ello reside justamente el progreso histórico que marca la revolución rusa en relación con sus antecesoras.

Cierto que también para los obreros rusos son válidas las palabras de que mañana no sucederá un milagro. No está en su poder saltar las etapas de la evolución histórica y crear, a partir del estado zarista despótico y con un golpe de mano, una comunidad socialista. Pero pueden recorrer y allanar el camino de su combate emancipador si no sacrifican el poder revolucionario que han conquistado a las mentirosas quimeras de la burguesía, sino que, por el contrario, no dejan de servirse de él para acelerar la evolución histórica, es decir, revolucionaria. Ahora, en algunos meses y semanas, pueden asegurarse lo que les costaría décadas de penosos esfuerzos si cediesen el terreno a la burguesía tras haber logrado la victoria. No pueden inscribir en la constitución rusa la dictadura del proletariado, pero pueden inscribir en ella el sufragio universal, el derecho de coalición, la jornada de trabajo legal, la libertad ilimitada de prensa y palabra; y para todas esas reivindicaciones pueden arrancarle a la burguesía garantías tan sólidas como para que la burguesía las arranque al zar para sus propias necesidades. Pero no podrán lograrlo más que sin deponer las armas en ningún momento y no permitirle a la burguesía dar ni un paso adelante sin que ellos no den también otro adelante.

Y la clase obrera rusa debe contestar, y según todas las informaciones llegadas hasta el momento ha contestado, con la “revolución en permanencia” al angustiado grito de la burguesía pidiendo “calma a cualquier precio”.

Es falso afirmar que así se le insuflará nueva vitalidad al despotismo que acaba de ser abatido. Un historiador de la gran revolución francesa (Tocqueville si no me equivoco) dijo con justa razón que un régimen que se hunde nunca es tan débil como en el momento en el que comienza a reformarse. Y ello vale, mucho más que para la monarquía decadente en Francia, para la autocracia decadente en Rusia, pues toda su maquinaria gubernamental está corrompida de parte a parte. Desde el mismo momento en que abandone y renuncie a la apariencia de solidez que ha mantenido penosamente hasta aquí, quedará sin defensa ante cualquier golpe vigoroso. De hecho, necesita “calma a cualquier precio” si debe restablecerse sobre nuevos cimientos. Este es el pérfido significado de esta consigna que confiamos en que haya acabado de ejercer su funesto papel.

Los obreros rusos también se han convertido en los campeones del proletariado europeo. Se han beneficiado de una posibilidad que, hasta ahora, no ha compartido ningún proletariado de las naciones de Europa occidental: entran en la revolución con las experiencias acumuladas y una teoría clara, profunda y vasta; pero esta posibilidad la han sabido crear ellos, y esto es mérito de ellos. En el curso de décadas de combates, y al precio de los sacrificios de innumerables heroínas e innumerables héroes, se han impregnado hasta el tuétano de la teoría de la revolución proletaria; lo que han recibido lo devuelven hoy con intereses. Han avergonzado a los espíritus timoratos que daban por imposibles muchas cosas que ellos han demostrado ser posibles; los trabajadores de Europa saben ahora que los métodos de lucha de la antigua revolución han perecido para dejar el sitio a los métodos más eficaces en la historia de su lucha emancipadora.

Las chispas del bautismo de fuego de la revolución rusa han caído sobre la clase obrera de todos los países europeos, y en Austria el brasero ya se enciende.

Los obreros alemanes no están los últimos en la lucha que dirigen sus hermanos rusos; el estado vasallo prusogermánico está tan estrechamente mezclado con los destinos del zarismo que la caída de este último producirá los más profundos contragolpes en el imperio de los junker al este del Elba. Puede que no por el momento, y puede también que no siempre de forma destructora; los poderosos cambios económicos que la revolución rusa entrañará puede que hagan sujetarse más aún a esa pandilla de hambreadores. Pero a la larga, la revolución rusa no se dejará encerrar en las fronteras rusas, como tampoco en el pasado la revolución francesa se dejó encerrar en las fronteras francesas, y eso no lo sabe nadie tan bien como las clases dirigentes en Alemania.

Podemos estar seguros que esas clases siguen con la mayor atención la evolución de la revolución rusa, y que aprovecharán la ocasión de descargar sobre ella un golpe fatal en cuanto que vean alguna perspectiva de éxito. Por tanto, la clase obrera alemana debe no olvidar con más motivos que la causa de sus hermanos rusos es también su causa.

Serie Mehring, Franz
Alejandría Proletaria



germinal_1917@yahoo.es